



BUENOS CIUDADANOS PARA UNA BUENA SOCIEDAD: LA IMPORTANCIA DE LAS INSTITUCIONES INTERMEDIAS

Imanol Zubero Beascochea

1. "El éxito de las instituciones democráticas depende de que exista una minoría suficiente de demócratas activos y responsables que las mueva".¹ Esto es radicalmente cierto. No hay sistema institucional democrático que pueda sostenerse sin una minoría suficiente de demócratas que las habite y las haga funcionar. Una "minoría" no en el sentido aristocrático del término -un pequeño y selecto grupo de notables- sino en un sentido estrictamente aritmético: un mínimo de personas, un número suficiente de personas activas y responsables. Por encima de todo, la democracia es una cuestión de cultura y de práctica. La democracia es democracia en acción, o no es nada. Por eso, una ciudadanía comprometida con lo público es la condición *sine qua non* para la democracia.²

De ahí la lógica preocupación con que recibimos aquellos diagnósticos que nos hablan de la creciente debilidad del compromiso ciudadano en las democracias occidentales:

Si observamos la dimensión política de nuestras sociedades percibimos una creciente *apatía* y retraimiento ciudadano en los procesos electorales, la casi ilimitada persecución del interés privado, que hace aparecer a quienes mantienen un mínimo coraje y predisposición cívica como miembros de una raza casi en extinción; un espacio público banalizado por la ensordecedora jaula de grillos de la televisión y otros medios; una separación creciente entre clase política y ciudadanía. En fin, un paisaje marcado por la "fatiga civil" (Gauchet), la "demo-esclerosis", la rutinización de las elecciones, la huida de los grupos más propensos a un activismo político solidario hacia el "tercer sector" (las ONG, sobre todo), y una creciente pluralización y fraccionamiento del "cuerpo" ciudadano.³

¹. R.H.S. Crossman, Biografía del Estado moderno, Fondo de Cultura Económica, México 1977, p. 373.

². Evidentemente, una ciudadanía activa no es la única condición de la democracia. Por el contrario, suele ser característico de los regímenes autoritarios la existencia de una ciudadanía (¿o mejor muchedumbre?) en permanente movilización, una ciudadanía activada desde el poder para ocupar la calle. Pero la participación efectiva es fundamental. Ver, a este respecto: R. Dahl, La democracia. Una guía para los ciudadanos, Taurus, Madrid 1999, cap. IV.

³. F. Vallespín. El futuro de la política, Taurus, Madrid 2000, pp. 173-174.



“Buenos ciudadanos para una buena sociedad: la importancia de las instituciones intermedias”

2. ¿Qué está pasando con la participación ciudadana en nuestras sociedades? Desde hace una decena de años, la literatura sociológica y politológica abunda en análisis que advierten sobre la preocupante extensión de síntomas de desafección política en las sociedades más desarrolladas: a) en términos generales, salvo en coyunturas de fuerte tensión social o política, los niveles de abstención son elevados; b) la afiliación a partidos, lo mismo que a sindicatos, es irrisoria; c) la implicación de los escasos afiliados en la vida interna de los partidos es aún menor; d) aumenta la desconfianza hacia los dirigentes políticos, las instituciones políticas y, en general, hacia el proceso democrático mismo; e) los partidos se profesionalizan, transformándose en auténticas industrias políticas; etc. Esta desafección, especialmente extendida entre los sectores más jóvenes, estaría en la base de una creciente desvalorización de lo público y, en consecuencia, de la despolitización de la vida social.⁴ Todo indica que los tiempos de la pasión política han quedado atrás y hoy, más bien, vivimos un tiempo de indiferencia.⁵

Sin embargo, ¿cómo hablar de debilitamiento de la participación en los tiempos de las multitudinarias manifestaciones contra la guerra, en los tiempos de Porto Alegre y el movimiento antiglobalista? ¿No estaremos sucumbiendo a la tentación de suspirar por un tiempo pasado considerado siempre mejor?

3. Dos diagnósticos conviven en la actualidad cuando se analiza la participación ciudadana. Según uno de ellos, las sociedades occidentales más desarrolladas estarían experimentando un fuerte declive del compromiso cívico, lo que estaría provocando una preocupante desafección democrática y una alarmante fragilización del vínculo social.

Lo que está ocurriendo con la participación política no sería sino la punta del iceberg de un fenómeno mucho más profundo y, al tiempo, preocupante. Lo que estaría ocurriendo en la actualidad es un declive generalizado de la energía ciudadana indispensable para sostener una sociedad democrática. Esta idea procede, fundamentalmente, del ámbito de pensamiento norteamericano:

⁴. J. Benedicto y F. Reinares (eds.), *Las transformaciones de lo político*, Alianza, Madrid 1992.

⁵. J. Ramoneda, *Después de la pasión política*, Taurus, Madrid 1999, p. 25.



“Buenos ciudadanos para una buena sociedad: la importancia de las instituciones intermedias”

Durante los dos primeros tercios del siglo XX una marea poderosa empujó a los norteamericanos a comprometerse cada vez más hondamente en la vida de sus comunidades, pero desde hace unas pocas décadas esa marea se invirtió de manera callada e inadvertida, y fuimos arrastrados por una resaca traicionera. Durante el último tercio del siglo hemos sido separados unos de otros y de nuestras comunidades sin que nos percatáramos en un primer momento.⁶

Para esta perspectiva sobre la realidad, la edad adquiere una enorme relevancia. La crisis del compromiso cívico en Estados Unidos es, en gran medida, una cuestión generacional. Tiene que ver con el declive de una larga generación cívica, nacida antes de 1940.⁷ Según esto, serían los jóvenes quienes están abandonando las estructuras de participación que sus padres impulsaron y sostuvieron.

4. Según otro análisis, lo que estaría ocurriendo en realidad es una profunda transformación de la relación de la ciudadanía con las estructuras y las maneras de participación tradicionales, que en la mayoría de los casos se ven sometidas a una fuerte crítica; pero, al mismo tiempo, surgen nuevas formas de acción colectiva no institucionalizadas. Ambos diagnósticos se apoyan en indicadores sociales y políticos distintos: la abstención en las elecciones y la crisis de afiliación a partidos y sindicatos coexiste con la proliferación de organizaciones voluntarias y la movilización masiva contra la guerra o la globalización neoliberal; la desconfianza hacia los responsables políticos con la aparición de nuevos liderazgos sociales.

Las nuevas generaciones, ciertamente, rechazan la política y, en general, la participación tradicional. Pero no son apolíticos, mucho menos inactivos. Aunque pueda sonar paradójico, estos autores nos hablan de la existencia de una política de la antipolítica juvenil, o de que nos encontramos ante jóvenes activamente apolíticos.⁸ Frente a esa “larga generación cívica” que Putnam presenta como ejemplo de participación cívica, se detecta el surgimiento de una nueva generación cívica, invisible para aquellos que siguen aproximándose a la participación desde claves tradicionales, como estas:

⁶. R.D. Putnam, Solo en la bolera. Colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona 2002, p. 27.

⁷. Putnam, op. cit., p. 340.

⁸. U. Beck, “Hijos de la libertad: contra las lamentaciones por el derrumbe de valores”, en U. Beck (comp.), Hijos de la libertad, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 1999, p. 13.



“Buenos ciudadanos para una buena sociedad: la importancia de las instituciones intermedias”

- El compromiso es equiparado a afiliación –y confundido con ella-. Si sólo los roles de afiliados indican compromiso, los no afiliados son, sin duda, necesariamente egoístas.
- Suposición del auto sacrificio: sólo quien hace abstracción de sí mismo es capaz de asistir a los demás.
- Ayuda en silencio o síndrome del ama de casa: la dignidad del servicio a favor de los otros reside en que permanece invisible, impago, no (re)conocido, realizado por encargo de otros que son los que gobiernan.
- Clara separación de roles entre los que prestan y los que precisan ayuda: el hecho de que los que ayudan a otros estén también, a su vez, necesitados de ayuda que reciben al prestarla; el que el enriquecimiento pueda residir precisamente en la experiencia del mutuo desamparo es algo que pasa inadvertido.⁹

Son los hijos de la libertad, que huyen de toda participación que suponga imposición, coerción, y que ha sido caracterizada así: “Una generación que lucha con los problemas que suscita la libertad, es decir, con problemas tales como: ¿De qué manera conciliar el anhelo de autodeterminación con el anhelo igualmente importante de dependencia recíproca? ¿Cómo ser al mismo tiempo individualista y orientarse en función del grupo? ¿Cómo ocuparse de sí mismo y, a la vez, ocuparse de los otros y asistirlos? ¿Cómo utilizar las propias posibilidades y, al mismo tiempo, hallar satisfacción más allá de las propias exigencias?”.¹⁰ Según Wilkinson, “esta generación se esfuerza por encontrar un equilibrio más adecuado y duradero entre los intereses individuales y las acciones colectivas”.¹¹ Si así fuera, nos encontraríamos en los albores de una nueva generación cívica que, por el momento, sólo encuentra espacios y estructuras de participación en la periferia de los sistemas democráticos. En los movimientos sociales, en las ONGs, en las organizaciones de voluntariado...

5. De esta manera, aunque es cierto que en todas las sociedades industriales avanzadas la participación política tradicional se encuentra sumida en una profunda crisis de legitimidad, no es menos cierto que en los últimos años estas mismas sociedades están conociendo una diversa y colorida manifestación de formas no tradicionales de movilización, participación y protesta. Pero no sólo de protesta vive el compromiso ciudadano en los últimos años: son

⁹. Beck, “Hijos de la libertad”, pp. 14-15.

¹⁰. H. Wilkinson, “Hijos de la libertad. ¿Surge una nueva ética de la responsabilidad individual y social?”, en U. Beck (comp.), op. cit., p. 90.

¹¹. Wilkinson, op. cit., p. 121.



“Buenos ciudadanos para una buena sociedad: la importancia de las instituciones intermedias”

miles las personas, muchas de ellas jóvenes, que dedican tiempo y esfuerzo a construir tejido social solidario desde el variado territorio de la acción social voluntaria.

De ahí la pregunta: ¿acaso estamos buscando lo político en el lugar equivocado?, ¿tal vez lo que parecía ser una retirada de la vida política puede significar, contemplado desde otro punto de vista, la lucha por una nueva dimensión de lo político? Según esta tesis hoy lo político irrumpe y se manifiesta al margen o más allá del sistema político formalizado, en el terreno de la subpolítica, que es el espacio donde se plantean las grandes cuestiones de futuro.¹² Porque lo cierto es que, hoy en día, los grandes temas que están configurando la agenda sociopolítica –los temas de la paz, de la igualdad, de la tolerancia, del mestizaje, etc.- no están surgiendo de los gobiernos y los parlamentos, sino que llegan a las instituciones políticas desde la calle.

6. Teniendo en cuenta lo dicho, considero importante asumir, en principio, una actitud similar a la expresada en un estudio sobre el asociacionismo y la participación en Suecia:

Mi conclusión es que el menor nivel de afinidad con los principales movimientos u organizaciones no debería considerarse necesariamente un signo de menor disposición a participar en organizaciones voluntarias, con la consiguiente disminución del volumen de capital social en Suecia. Por el contrario, quizá podría reflejar ciertos problemas a los que se enfrentan las organizaciones antiguas ya establecidas para generar el tipo de lealtad existente en el pasado. Si existe una crisis en la producción de capital social, se deberá manifestar en un cambio en los modelos de actividad, y no sólo en una modificación de las actitudes.¹³

Si el problema fuese de desafección participativa (sin más), poco podríamos hacer además de suspirar por los buenos-viejos-tiempos salvo, tal vez, confiar en que algún día pasen estos malos tiempos y el caprichoso flujo de la historia vuelva a ponernos en una situación tal que, por las razones que sean, la participación ciudadana vuelva a ponerse de moda. Pero, ¿y si el problema no es que la participación, sin más, esté en crisis, sino que lo que está en crisis es una determinada manera de entender la participación? Esto es lo que apunta Joan Subirats:

¹². U. Beck, “La reinención de la política: hacia una teoría de la modernización reflexiva”, en U. Beck, A. Giddens y S. Lash, *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Alianza, Madrid 1997, pp. 34 y 36.

¹³. B. Rothstein, “El capital social en el estado socialdemócrata. El modelo sueco y la sociedad civil”, en R.D. Putnam (ed.), *El declive del capital social. Un estudio internacional sobre las sociedades y el sentido comunitario*, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona 2003, pp. 120-121.



“Buenos ciudadanos para una buena sociedad: la importancia de las instituciones intermedias”

La gente se está adaptando a los cambios mejor que las instituciones y los partidos. Porque lo cierto es que la gente busca nuevos “nosotros” en los que reconocerse. Y algo de eso lo está encontrando en organizaciones menos rígidas, más abiertas. Organizaciones que aceptan pertenencias múltiples sin problemas. Organizaciones de lazos débiles que se acomodan a las identidades parciales porque han nacido y crecido con ellas.¹⁴

Encontramos aquí un formidable reto a las instituciones y organizaciones que buscan, de verdad, la participación ciudadana. El problema de la participación puede estar no (tanto) en la gente, cuanto en las organizaciones. “El hecho fundamental es que las formas de sociabilidad asociativa están experimentando un rápido cambio. Los jóvenes no se dedican a las mismas asociaciones que sus mayores, y tampoco lo hacen de la misma manera, sus mayores ignoran o malinterpretan sus formas de participación”.¹⁵

Evidentemente, la nueva realidad participativa no es totalmente luminosa; y sus zonas oscuras no se explican, sólo, por su carácter todavía emergente y, por lo mismo, incierto. Existen aspectos en la nueva cultura participativa que han de ser revisados y, en su caso, depurados: su inconstancia, su esteticismo, su informalización, su voluntarismo, su fragmentación, su base individualista, su furor anti-institucional, su vertiente NIMBY (Not In My Back Yard, “no en mi patio trasero”), etc. Pero no parece adecuado seguir argumentando, sin matices, sobre la despolitización privatista cuando miles de personas a lo largo y ancho de todo el planeta, una mayoría de ellas jóvenes, se están movilizándolo cada día al grito de ¡Otro mundo es posible!.¹⁶

7. Lo que sí ha cambiado radicalmente es el contexto sociocultural en el que esta nueva realidad participativa puede enraizar. Hoy vivimos un tiempo caracterizado por la búsqueda de esas que Giddens ha denominado relaciones puras, es decir, relaciones que se establecen sólo por lo que cada persona puede obtener de ellas y que se mantienen sólo mientras ambas partes piensan que produce satisfacción suficiente para que cada individuo permanezca en ella.¹⁷ Satisfacción o, simplemente, beneficio. En cualquier caso, las consecuencias para las relaciones sociales son claras:

¹⁴. J. Subirats, “Otra política, otros partidos”, en *El País*, 8/06/2000.

¹⁵. J.-P. Worms, “Viejos y nuevos vínculos cívicos en Francia”, en Putnam (ed.), op. cit., p. 301.

¹⁶. M. Wieviorka, *La primavera de la política. Ideas para acabar con el declive de la democracia tradicional*, La Vanguardia, Barcelona 2007.

¹⁷. A. Giddens, *La transformación de la identidad*, Cátedra, Madrid 1992.



“Buenos ciudadanos para una buena sociedad: la importancia de las instituciones intermedias”

No se deje atrapar. Evite los abrazos demasiado firmes. Recuerde: cuanto más profundos y densos sean sus lazos, vínculos y compromisos, mayor es el riesgo. No confunda una red –un entramado de caminos por el cual deslizarse- con una tela de araña, ese objeto traicionero que sólo sirve para atraparnos.¹⁸

Estas relaciones puras (no nos dejemos despistar por el concepto: no tienen nada de puras, en un sentido moral), son lo contrario de las relaciones sociales que construyen vinculaciones. Son relaciones de usar y tirar que Bauman ejemplifica así:

Uno de los regalos de Navidad siempre favoritos de los niños ingleses es un perro (normalmente un cachorro). Al hablar de la grave crisis que atraviesa esta costumbre, Andrew Morton comentaba recientemente que los perros, conocidos sobre todo por su capacidad de adaptación al entorno y a las costumbres humanas, deberían “empezar por reducir sus expectativas de vida de quince años aproximadamente a otra cifra más acorde con la duración de la atención en el mundo moderno: digamos unos tres meses” (el tiempo medio que transcurre antes de echar de casa a los perros alegremente recibidos).

Los perros, pero también los empleos, los matrimonios, etc. En este sentido, el diario El País publicó hace poco más de un año la siguiente declaración del por entonces presidente de SEAT:

Seat propone un contrato temporal vinculado a la vida de los modelos. El presidente de Seat, Andreas Schleeff, calificó ayer de “restrictiva la normativa laboral española y propuso la introducción de un nuevo contrato laboral temporal para el sector de la automoción cuya duración se vincule a la vida útil de los modelos, que oscila entre los cinco y los seis años (El País, 22/04/2006).

“Lo mismo que sucede con los animales mascota –advierte Bauman- pasa con los hombres mascota”. El lema del capitalismo actual no es otro que el de nada a largo plazo.¹⁹ Y se nota.

Como advierte Richard Sennett en su libro *La corrosión del carácter*, de lectura imprescindible, «Nada a largo plazo» es un principio que corroe la confianza, la lealtad y el compromiso mutuos. Estos vínculos sociales, en buena medida dependientes de la posibilidad de establecer relaciones informales, tardan en desarrollarse, y sólo después y lentamente enraízan en las grietas de las instituciones. Unos vínculos sólidos dependen de

¹⁸. Z. Bauman, *Amor líquido*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 2005, p. 83.

¹⁹. R. Sennett, *La corrosión del carácter*, Anagrama, Barcelona 2000, p. 20.



“Buenos ciudadanos para una buena sociedad: la importancia de las instituciones intermedias”

una asociación larga; en un plano más personal, dependen de una disposición a establecer compromisos con los demás. Pero el caso es que la organización a corto plazo de las instituciones modernas limita la posibilidad de que madure la confianza informal. En el capítulo 1 del libro, Sennett describe su encuentro con Rico, en cuyo transcurso se refleja la cada vez más insostenible tensión entre las exigencias de una cultura instrumental basada en el corto plazo (condición para lograr el éxito económico) y las necesidades de otros ámbitos vitales, tales como el familiar (o el cívico, añadido yo). Las asociaciones intermedias son las grandes perdedoras de esta tensión.

8. También la escuela, cuya problemática situación resumo así: la escuela se ha vuelto una institución rara, extraña, aislada del resto de instituciones socializadoras e incluso en contradicción con ellas.

Pensemos en la vivencia que de la escuela puede tener un niño o una niña, uno de nuestros hijos o hijas. Esa vivencia es la de un lugar donde los tiempos están perfectamente pautados, lo mismo que los espacios: ahora es el momento de jugar, no antes ni después, y se ha de hacer aquí, no en otro sitio. Un lugar donde la norma es la convivencia pacífica, ordenada, respetuosa: no se admite la imposición por la fuerza de unos sobre otros, se practica el diálogo, se comparten los objetos de juego y se funciona desde la igualdad. Un lugar donde la autoridad está claramente instaurada. Un lugar donde se respetan y se cuidan los bienes públicos. Un lugar donde el libro es un objeto casi sagrado y la televisión se ve reducida a instrumento educativo. Un lugar donde se aprenden y se hablan otras lenguas. Un lugar donde se enseña el respeto a otras culturas, donde se educa en valores, donde se enseña, por encima de todo, la trascendencia innegociable de cada persona.

Y ahora, pensemos en lo que esos mismos niños y niñas viven fuera de la escuela. No es de extrañar que, cada vez más, todas esas cosas que la escuela enseña sean sólo eso: cosas que tienen su lugar en el espacio escolar, pero no fuera de él.

Lo que ha ocurrido es que se ha roto la sinergia que históricamente existía entre las grandes instituciones socializadoras: familia, escuela, iglesia, medios de comunicación, trabajo y (en una medida distinta, pues siempre ha tenido un componente transgresor) grupo de amistad. Hasta hace unos años todas esas instituciones se apoyaban mutuamente: hoy cada una



“Buenos ciudadanos para una buena sociedad: la importancia de las instituciones intermedias”

funciona movida por lógicas distintas y hasta contradictorias. Todas ellas, además, cada vez más colonizadas por el imperativo instrumental del cortoplacismo.

A este respecto tengo que hacer referencia a una investigación que, impulsada por la Fundación Fernando Buesa Blanco, está llevando a cabo un equipo de la UPV del que formo parte junto con las profesoras Ana Irene del Valle y Elisa Usategui. Esta investigación pretende analizar el discurso que los distintos agentes educativos (profesores, madres y padres, agentes sociales...) tienen sobre la transmisión de valores en la escuela y las actitudes y conductas de los alumnos ante los valores que ésta última transmite, con la finalidad de detectar hasta que punto la transmisión de valores que se realiza hoy en día en la escuela garantiza una integración coherente, satisfactoria y con capacidad crítica y transformadora de las personas en la sociedad. Al finalizar la primera fase de la investigación, centrada en descubrir la visión del profesorado sobre el sentido y la finalidad de la transmisión de valores en la enseñanza obligatoria, descubrimos entre otras cosas como éstas:

- El lamento común del distanciamiento en la labor que la Escuela lleva a cabo en el ámbito de la formación y el resto de la sociedad en general y, en particular, con el entorno más cercano de las familias. La Escuela se está convirtiendo, sin desearlo, en una especie de “campamento” o “parque temático” de la transmisión de unos valores cuyo brillo social es inversamente proporcional a la distancia que nos aleja del recinto escolar.
- Verse transmitiendo un código ético y una formación que contradice abiertamente o indirectamente los valores que los estudiantes perciben que operan eficazmente fuera del recinto escolar, es desalentador. Pero, sobre todo, es un proceso con una capacidad tremenda de erosionar la legitimidad de la institución, de la tarea educativa y, sin duda, de la figura del docente. Esta experiencia se ve agudizada a medida que se avanza en los niveles educativos.
- Esta ruptura del consenso entre los valores que se pretenden transmitir en la escuela y aquellos que sus alumnos viven en el exterior constituye el eje central de la lectura que se hace desde el profesorado del lugar que ocupa la enseñanza de valores en nuestra escuela, de las dificultades en su transmisión, de los problemas que tiene que afrontar en la práctica académica, de sus posibilidades y limitaciones.



“Buenos ciudadanos para una buena sociedad: la importancia de las instituciones intermedias”

«Sí, tendría una cierta parte de aislamiento (...), pero sí que los mismos críos perciben, pues parece que cuando están en el centro están en una burbuja y cuando salen están viviendo otra cosa ¿no? Hay detalles que te lo dicen, por ejemplo, yo qué sé, trabajando la paz y resulta que dos se han peleado y nos dicen “no, pero nos hemos peleado fuera del colegio, no se qué». (Director Colegio concertado religioso).

- Es en este escenario donde los profesionales de la enseñanza perciben “brechas” preocupantes entre los valores “en” la escuela y los valores “más allá” de la escuela, produciéndose un efecto paradójico: en la práctica, la Escuela transmite “contravalores”, ya que lo que enseña se está viendo continuamente contrastado y contestado socialmente.

«Yo muchas veces lo pienso, yo creo que muchas veces nos tienen que ver como hippies, pero en el sentido peyorativo del término, una cuadrilla de iluminados, que van de no sé qué, y, entonces, claro, esto es lo incómodo (...), porque que me miren con ese aire, no de crítica, sino displicente, mírala que ingenua, todavía cree, me molesta muchísimo (...) y eso socialmente es así». (Directora IES).

- La soledad percibida por los docentes en la tarea educativa se vuelve especialmente desconcertante y turbadora cuando se refieren al ámbito familiar. Si se atiende al marco legal nunca las familias estuvieron tan “dentro” de la escuela. Ahora bien, escuchando a los docentes, nunca estuvieron tan lejos. Hay una tendencia generalizada entre las familias a adoptar una actitud que podría clasificarse de “clientelar” y que sitúa la relación con la escuela más en términos de exigencia que de confianza y colaboración. Esa exigencia conlleva la idea más o menos explícita de la escuela como proveedora de servicios y responsable última de ellos. Como resultado, las familias tienden a pensar en la educación como producto, especialmente en el caso de la enseñanza privada donde prima el «pago luego tengo “carta blanca” para pedir y exigir» (Coordinadora E. Primaria. Ikastola privada):

«Antes el espacio de transmisión de valores y de aprendizaje principal era la familia. Pero hoy, debido al trabajo, la familia no tiene tiempo para estar con los niños y, a menudo, se delega en la escuela. Y se nos exige. Está claro que la educación en valores tiene que producirse en todos los ámbitos, no sólo en la escuela. Sin embargo, en las familias no se dialoga, no se habla de muchos temas pero se espera que sea la escuela la que transmita todos esos valores. Nosotros vemos que eso no tiene ninguna eficacia, lo que no se ve en casa es muy difícil transmitirlo aquí». (Jefa de Estudios. Ikastola privada).



“Buenos ciudadanos para una buena sociedad: la importancia de las instituciones intermedias”

Lo que le ha ocurrido a la escuela (al “Maestro”) se diferencia tanto de lo que le ha ocurrido a la Iglesia (al “Cura”) como a la medicina (al “Médico”). Los que, como yo, hemos alcanzado la edad adulta viviendo en un pequeño pueblo, hemos asistido a la transformación que ha afectado a estas tres instituciones. Esta transformación puede resumirse como un cambio profundo en las condiciones de su legitimidad (que afecta a las condiciones de desempeño de sus tareas). Todas han perdido los elementos de autoridad tradicional (Weber), representados por ejemplo por el hecho de que esas tres instituciones se encarnaban en personas concretas, todas ellas conocidas como “Don Fulanito”. Hoy no es así. En ninguno de los tres casos. Pero la evolución de cada una de ellas ha seguido derroteros muy diversos:

- a) La sanidad: se ha profesionalizado. Se han definido con claridad las tareas
- b) La Iglesia: se ha convertido en periferia. Sin autoridad, pero sin demandas
- c) La escuela: sin autoridad, pero con las mismas demandas (o más).

9. Al final, la familia. Y en este punto resulta sumamente interesante atender a la reflexión elaborada por Georges Lakoff, uno de los fundadores de la Lingüística Cognitiva y profesor en la Universidad de California. En sus últimas obras se ha propuesto responder a la cuestión de qué es lo que hace que las personas tengan unas u otras perspectivas ideológicas, y cómo estas perspectivas se aplican a diversas circunstancias sociales.²⁰

Nuestras ideas políticas dependen de los marcos (frames) en los que nos movemos. Los marcos, son estructuras mentales que determinan el modo en que vemos el mundo, las metas que perseguimos, los planes que hacemos, la manera en que nos comportamos y el modo en el que evaluamos los resultados obtenidos. El cambio social es, fundamentalmente, el cambio de los marcos que en un momento determinado dominan el discurso político. Según Lakoff, dos modelos típico-ideales de familia constituyen (al menos en EE.UU.) los marcos o estructuras mentales a partir de los cuales se organiza el espacio ideológico: el modelo del padre estricto (Strict Father Family) y el modelo de los padres protectores (Nurturant Parent Family). A partir de estos dos modelos, aplicables en sus grandes rasgos a las diversas familias reales, se proyectan distintos modelos de sociedad

²⁰. G. Lakoff, *Moral Politics. How Liberals and Conservatives Think*, The University of Chicago Press, Chicago/London, 2002; *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*, Editorial Complutense, Madrid 2007.



“Buenos ciudadanos para una buena sociedad: la importancia de las instituciones intermedias”

(mediante la metáfora que equipara la nación a una familia). El primer modelo se construye en torno a supuestos como los siguientes:

El mundo es un lugar peligroso y siempre lo será porque el mal está presente en él. Es un lugar difícil, competitivo, donde siempre habrá ganadores y perdedores. Hay un bien absoluto y un mal absoluto. Los niños nacen malos: sólo quieren hacer lo que les gusta y no lo que deben; en consecuencia hay que conseguir que sean buenos. Lo que se necesita en este tipo de mundo es un padre estricto y fuerte que pueda proteger a su familia, sostenerla en un mundo difícil y enseñar a sus hijos lo correcto y lo incorrecto. Lo que se requiere de los hijos es obediencia ya que un padre estricto es una autoridad moral que sabe lo que está bien y lo que está mal. El único modo de enseñar obediencia a los niños es el castigo, incluso el castigo físico; así desarrollarán disciplina interna y en el futuro serán obedientes y actuarán moralmente. Esta disciplina interna tiene importantes efectos secundarios, pues es lo que se necesita para triunfar en un mundo competitivo. Si las personas son disciplinadas y procuran su propio beneficio prosperarán. Este modelo de padre estricto une, por tanto, moralidad y prosperidad.

Las consecuencias de este marco de creencias para los programas sociales son evidentes: es inmoral dar a las personas aquello que no han ganado por sí mismas, pues gratifica la debilidad personal y crea una estructura de dependencia, cargando además estas políticas (mediante impuestos) sobre aquellas personas que sí han tenido éxito.

El segundo modelo, el de la familia protectora, es neutral en cuanto al género y se caracteriza por la siguiente visión del mundo:

Padre y madre son igualmente responsables de la crianza de los hijos. Se asume que los niños son buenos y pueden ser educados para que todavía sean mejores. El mundo puede ser un buen lugar y nuestra obligación es trabajar para que así sea. Los padres deben educar a sus hijos y criarlos para que ellos a su vez eduquen y críen a otros. Esta educación tiene dos componentes básicos: empatía y responsabilidad. La confianza, la comunicación sincera, la cooperación, son valores fundamentales para que esta relación familiar fructifique.

La relevancia social de este modelo es evidente. Por fijarnos en lo fundamental, en palabras del propio Lakoff: “Vives en una comunidad, y esa comunidad influirá en la manera de crecer de tu hijo. Por tanto, la construcción de una comunidad, el servicio a la comunidad y la cooperación con una comunidad se convierten en valores”.

10. En resumen: nos encontramos en los albores de una nueva era de participación ciudadana. Están cambiando las formas de esta participación, así como los temas que la



“Buenos ciudadanos para una buena sociedad: la importancia de las instituciones intermedias”

motivan. Cambian las estructuras y las actitudes. Quien, añorando un tiempo pasado, pierda contacto con esta nueva realidad, perderá también la posibilidad de impulsar la construcción de una sociedad más participativa.

Imanol Zubero

Sociólogo. Profesor de Sociología. Universidad del País Vasco